

dientes y la muerte cruel para obtener el paraíso? Poco, o casi nada. Pero este poco ha bastado.

Procuremos llevar sin queja la cruz que nos envía el Señor porque todos nuestros padecimientos se trocarán un día en eternos gozos. Cuando las enfermedades, las penas, los reveses nos agobien, levantemos los ojos al cielo y digamos: *Todas estas penas acabarán algún día y después de este día, gozaré para siempre de la presencia de Dios.* No desfallezcamos; suframos con paciencia; despreciemos el mundo y cuanto él puede darnos. Dichoso el que en la hora de la muerte podrá decir con santa Agueda: *Recibid, Señor, mi alma a la que habéis apartado del amor a lo terreno otorgándole en cambio el vuestro.* Sufrámoslo todo, despreciemos las criaturas; Jesús nos aguarda con la corona en las manos para consagrarnos reyes del cielo si le somos fieles.

Pero ¿cómo podré yo, Jesús mío, aspirar a tan grande felicidad, yo que por las cosas terrenas he renunciado tantas veces al paraíso y con soberbia planta he ultrajado vuestra santa gracia? Pero vuestra preciosa sangre me infunde valor para esperar el paraíso después de haber merecido tantas veces el infierno, porque quisisteis morir en una cruz para dar el paraíso a los que sin esto jamás hubieran sido dignos de él. Redentor mío, Dios mío, no quiero volver

a perderos. Dadme fuerza para seros fiel: *Venga a nos el tu reino*. Por los méritos de vuestra sangre, permitid que algún día pueda yo también introducirme en vuestro reino: mientras llega la hora de mi muerte, haced que cumpla en todo vuestra santa voluntad. *Hágase tu voluntad*. Este es el mayor bien, el verdadero paraíso de los que os aman en este mundo. ¡Almas afortunadas que sabéis amar a Dios, mientras vivamos en este valle de lágrimas, suspiremos siempre por el paraíso!

CONSIDERACION XXXIV

De la oración que se hace ante el Santísimo Sacramento del altar

La oración en cualquier lugar en que se haga es siempre agradable a Dios; pero parece que Jesucristo prefiere la que se hace ante el Santísimo Sacramento del altar, porque derrama más abundantemente el tesoro de sus gracias y su luz a los que se llegan a visitarle. Reside en este sacramento no sólo para alimento de las almas que lo reciben en su santa comunión, sino también para que los que le buscan puedan gozar de su presencia en todo tiempo y lugar. Los piadosos peregrinos se dirigen a Loreto donde Jesús vivió y a Jerusalén donde fué crucificado, pero ¡cuánto más ardiente y fervorosa no ha de ser nuestra oración al tener delante de nuestros ojos el tabernáculo, en cuyo misterioso seno este mismo Dios que habitó con nosotros y murió por nosotros en el Calvario, reside corporalmente noche y día! No todos pueden hablar privadamente con los reyes de la tierra, más todos sin excepción, ricos y pobres, nobles y plebeyos, pueden dirigir su palabra al rey del cielo, Jesucristo, en el Smo. Sacramento del altar, donde está dispuesto a recibir nuestros corazones, escu-

char nuestros ruegos y colmarnos de sus gracias. A todos admite en audiencia y atiende y consuela a todos.

La gente del mundo, que casi no conoce más que los placeres terrenos, no concibe el placer de estarse al pie del altar donde descansa la hostia consagrada; pero para las almas amantes de Dios, las horas y los días enteros pasados ante el Santísimo Sacramento, no son sino minutos; tan dulces son los goces que el Señor allí les concede.

¿Pero cómo podrían los mundanos gozar de estos placeres si su corazón y su cabeza están llenos de sola tierra? San Francisco de Borja decía que a fin de que reinase en nuestros corazones el amor divino, era menester depurarlos de toda tierra, sin lo cual no entraría en ellos el divino amor. *Cesad*, dice David *y ved que soy el Dios* (1). Para percibir cuán amable es Dios es necesario *cesar de toda ocupación*, es decir, despojarse de toda afección terrena. *¿Queréis encontrar a Dios? Desprendeos de las criaturas y lo encontraréis* decía Santa Teresa.

¿Qué debe hacer una alma ante el Santísimo Sacramento? Amar y rogar. No debe permanecer allí para pedir dulzuras y consuelos, sino solamente para agradar a Dios con actos de amor, para entregarse enteramente a Dios, despojándose de toda voluntad

(1) *Ps.* 45, 11.

propia, y ofreciéndose a su divina Majestad, con estas o semejantes palabras: *Dios mío, os amo y solo a vos quiero amar. Haced que os ame siempre y disponed de mí y de mis bienes como sea de vuestro agrado.* De todos los actos de amor, el más agradable a Dios, es el que continuamente hacen los elegidos en el cielo, el cual consiste en regocijarse por la dicha infinita de Dios, como hemos dicho. Los elegidos aman a Dios más que a sí mismos: más desean la felicidad de aquél a quien aman que la suya propia y viendo que Dios goza de una felicidad infinita, quedan llenos del gozo del Señor y este gozo es su paraíso. Estos actos de amor, ejercidos acá en la tierra sin satisfacción o dulzura sensible, son muy agradables a Dios. No siempre concede sus consue-
los en esta vida a las almas que más quiere: no se los concede sino muy rara vez y entonces, no tanto para recompensar sus buenas obras, como para darles más fuerzas y más paciencia para soportar sus penas y contratiempos, especialmente en las distracciones y sequedades a que están sujetas las almas piadosas en la oración misma. En cuanto a las distracciones, no deben asustarnos: basta que las alejemos al advertirlas; los mismos santos las experimentan, mas no por esto cesan de orar y nosotros debemos imitarlos. San Francisco de Sales dice que aun cuando en nuestras oraciones nos

viésemos obligados a alejar de nosotros estas distracciones, no por esto serían menos útiles y provechosas aquéllas. En cuanto a las sequedades, la mayor pena que sienten las almas piadosas es hallarse alguna vez sin ningún sentimiento de devoción y ningún deseo sensible de amar al Señor. Añádase a esto el temor continuo en que se encuentran de estar en desgracia de Dios por sus culpas y de ser de El abandonadas. En tan profundas tinieblas no saben hallar salida y les parece que tienen cerradas las puertas: continúe entonces el alma su oración; resista al demonio que trabaja en hacer cesar la oración; una entonces su desolación a la que Jesucristo experimentó en la cruz y si no puede decir otra cosa, diga a lo menos: *Dios mío, quiero amaros, quiero ser enteramente vuestra: tened piedad de mí, no me abandonéis.*

CONSIDERACION XXXV

**La verdadera paz no existe más que
en Dios**

El que busca la paz en las criaturas no la encontrará porque las criaturas no son capaces de satisfacer el corazón. Dios ha criado al hombre para El solo y Dios es un bien infinito: El solo, pues, puede satisfacerlo. Por esto muchos hombres, aunque colmados de honores, riquezas y placeres, nunca están contentos: anhelan sin cesar nuevos honores, nuevos placeres y cuantos más alcanzan, más inquieto se hallan, siempre están en medio de tormentos. Ni un solo día pueden gozar verdadera paz. *Pon tu deleite en el Señor y El otorgará los anhelos de tu corazón* (1). Cuando el hombre pone su gozo en el señor y no se desvela más que por El, el Señor cuida de llenar todas las exigencias de su corazón y le unirá a los bienaventurados, cuyo único deseo es agradarle.

En el mundo somos tan insensatos que tenemos por felices a los que pueden satisfacer todos sus caprichos, mandar a sus semejantes y procurarse todos los placeres.

(1) Ps. 36, 1.

¡Qué error! No hay verdadera felicidad sino para los que aman a Dios y para quienes sólo Dios basta. La experiencia acredita que muchos grandes personajes considerados felices por las gentes del mundo, en medio de toda la pompa que les rodea, llevan una vida miserable y llena de tormentos.

Pero ¿cuál será la razón por la cual tantos poderosos, tantos príncipes y potentados no pueden hallar la paz en el seno de la abundancia? ¿Y cómo al contrario, tantos religiosos encerrados en una celda, pobres, oscuros, gozan de tranquilidad perfecta? ¿De dónde nace que tantos anacoretas, solos en un desierto o en una gruta, atormentados por el frío y por el hambre, rebosaban alegría? Nace de que no tenían más pensamiento que Dios y Dios los consolaba: *La paz de Dios que sobrepuja todo sentimiento* (1). ¡Ah! la paz que prodiga el Señor a los que le aman es muy superior a todas las delicias que puede ofrecer el mundo: *Gustad y ved cuán suave es el Señor* (2). ¡Oh mundanos! exclama el Profeta ¿por qué despreciáis la vida de los Santos, vosotros que no habéis gustado jamás de aquella vida? Probadla, insensatos, abandonad el mundo, entregaros a Dios y veréis entonces si los consuelos de que nos

(1) *Phil.* 4, 7.

(2) *Ps.* 33, 9.

colmará, no valen más que todas las grandezas y tesoros de este mundo.

Verdad es que los mismos santos sufren grandes tribulaciones en esta vida, pero se resignan a la voluntad divina y jamás pierden la paz. Los amigos del mundo ahora están alegres, ahora tristes, mas por lo común viven inquietos, agitados, solícitos; pero los amigos de Dios dominan sus adversidades y las mudanzas de sus fortunas y de este modo pasan sus días consolados en la más uniforme tranquilidad. El cardenal Petrucci, prelado tan piadoso como admirable poeta, describe así la tranquilidad del justo: "Esta alma ve las criaturas a su alrededor afanadas en dejar y volver a tomar diferentes formas, pero ella, inmóvil en su centro, unida enteramente a Dios, no cambia".

Cuando uno quiere entregarse a Dios y gozar de paz continua, es menester desterrar del corazón todo lo que sea ajeno de Dios, es necesario morir para las cosas del mundo. Dios mío, dadme fuerza para romper los vínculos que me atan a la tierra; haced que solamente os ame a vos.

¡Dichoso aquel a quien Dios basta! Señor, concededme la gracia de que yo no busque otra cosa más que a vos, que no piense más que en agradaros. Por vuestro

amor renuncio a todos los placeres de la tierra aún a los consuelos espirituales: no quiero hacer sino vuestra voluntad. Virgen María, madre de Dios, recomendadme a vuestro Hijo que os ha de otorgar cuanto le pidáis.

CONSIDERACION XXXVI

El único fin de nuestras acciones debe ser Dios

No debemos tener otro fin en nuestras acciones que el de agradar a Dios, sin pensar en nuestros padres o parientes, ni en nuestros amigos, ni en los grandes del siglo, ni en nosotros mismos, porque todo lo que hacemos, no teniendo a Dios por fin, es cosa perdida. Muchas cosas se hacen para agradar únicamente a los hombres. San Pablo ha dicho: *Si agradase a los hombres, no sería siervo de Dios* (1). En todas nuestras obras no debemos ver más que a Dios, para poder decir con Jesucristo: *Yo hago siempre lo que le agrada* (2). Dios nos ha dado cuanto poseemos, pero nosotros no tenemos verdaderamente nuestro, más que nuestra nada y nuestros pecados. Sólo Dios nos ha amado con toda verdad y nos ha amado eternamente: nos ha amado hasta el extremo de morir por nosotros en una cruz, hasta entregarse a nosotros en el santo Sacramento del altar. Dios sólo merece nuestro amor.

(1) *Gal.* 1, 10.(2) *Job.* 8, 29.

¡Desdichadas aquellas almas que miran con amor algún objeto terreno que puede desagradar a Dios! En esta vida no gozarán de paz y están muy expuestas a no gozarla jamás en la otra. Dichoso al contrario, oh Dios mío, el que sólo trata de poseeros y por vuestro amor espontáneamente renuncia a todo lo que no sois vos. Este encontrará la joya de vuestro puro amor; joya mucho más preciosa que todos los tesoros y reinos de la tierra. Los que así lo hacen adquieren la verdadera libertad de los hijos de Dios, porque se encuentran desembarazados de las ataduras que los encadenaban al mundo y les impedían unirse a Dios.

Dios mío, mi todo, prefiero vuestro amor a todas la riquezas, honores, ciencias, glorias, esperanzas y aun a todos los dones que pudierais hacerme. Vos sois mi único bien; no quiero más que a vos sólo; vos sois la belleza infinita, el bien infinito, la amabilidad infinita, el bien supremo. Todos los dones que no fuesen vos mismo, no podrían bastarme. Repito y repetiré siempre: *no quiero más que a vos, lo que es inferior a vos no puede bastarme.*

¿Cuándo me será dado no ocuparme sino en amaros, alabaros y no pensar en las criaturas, ni en mí mismo? ¡Oh Dios mío, y mi amor! cuando me veáis entibiado en vuestro amor, o en peligro de adherirme a.

las criaturas y a las cosas del mundo, socorredme; sacadme del peligro de alejarme de vos: *Extiende tu mano desde lo alto, sácame y librame del turbión.* (1).

Busquen los demás lo que apetezcan: yo no amo, ni busco, ni quiero más que a vos, Dios mío, amor mío, mi única esperanza. *¿Qué hay para mí en el cielo? ¿Y fuera de ti qué puedo desear en la tierra?... Dios de mi corazón, mi herencia, mi Dios para siempre.* (2).

Mortales, abrid los ojos: toda la felicidad que puede venirnos de las criaturas, no es más que mentira y humo. Dios sólo puede hacernos felices, pero en esta vida el Señor no se deja ver enteramente: no nos da más que una idea de los bienes que nos prepara en el cielo: allí nos embriagará de gozo cuando nos dirá: *Entra en el gozo de tu Señor.* Los consuelos celestiales que Dios concede a sus siervos, no son más que un atractivo para llamarlos al paraíso.

Dios omnipotente, Dios amable, haced que en adelante sólo deseemos agradaros: sed vos nuestro todo, nuestro solo amor, porque vos solo merecéis ser amado, así por lo que pide la justicia como por lo que aconseja el reconocimiento. La pena más cruel que experimento es pensar que os he amado tan poco

(1) Ps. 143, 7.

(2) Ps. 72, 25 et 26.

hasta ahora; pero deseo, quiero amaros con todo corazón con vuestro divino auxilio y morir amándoos sólo a vos, mi bien supremo. Virgen María, madre de Dios, rogad por mí: vuestros ruegos son siempre atendidos; rogad a Jesús para que yo viva y muera en su santo amor.

CONSIDERACION XXXVII

Se ha de sufrir todo para agradar a Dios

Los santos han deseado siempre con ardor poder sufrir toda suerte de fatigas, ultrajes y dolores para agradar a Dios, que tanto merece ser amado y que tanto nos ha amado.

Toda la perfección y todo el amor de un alma por Dios consiste en no buscar más que agradarle y no hacer más que lo que puede ser de su agrado. Dichoso el que puede decir a Jesucristo: *Yo hago siempre lo que le agrada* (1). ¿Y qué mayor felicidad, qué mayor consuelo puede alcanzar el alma, que soportar alguna fatiga o sufrir algún dolor para agradar a Dios? Justo es que demos satisfacción a este Dios que nos ha amado tanto, que nos ha dado todo lo que poseemos y que no contento con concedernos tantos bienes, ha querido hasta entregarse por nosotros, primero en el Calvario donde murió por salvarnos, y después en el santísimo Sacramento del altar, en que se nos entrega todo entero por la santa Comunión. No, nada más puede ya darnos.

Para corresponder a tantos beneficios, los santos no sabían qué hacer. ¡Cuántos jóvenes ilustres y ricos han abandonado el mun-

(1) Jo. 8, 29.

do para consagrarse al Señor! ¡Cuántas vírgenes, hasta de sangre real han renunciado a las más brillantes nupcias para encerrarse en un claustro! ¡Cuántos anacoretas han ido a ocultarse en los desiertos y en las grutas para no pensar más que en Dios! ¡Cuántos mártires han aceptado con alegría los látigos, los hierros ardientes, los tormentos de los más crueles tiranos únicamente para agradar a Dios! Para agradar a Dios, en fin, los santos se han desprendido de todos sus bienes, han renunciado a las más altas dignidades del mundo y han recibido a manera de tesoros, las enfermedades, las persecuciones, el despojo de sus bienes y la muerte más dolorosa.

El deseo de agradar a Dios debe, pues, ser mayor en nosotros que el de adquirir riquezas, honores, glorias, delicias del mundo y hasta las del paraíso. Si los bienaventurados creyesen que sería más agradable a Dios verlos arder en el infierno que continuar en su felicidad, todos, hasta su divina madre, se precipitarían en aquel abismo de fuego para agradar al Señor.

Dios no nos ha puesto en el mundo sino para que nos esforcemos en agradarle y acrecentar su gloria. El deseo de Dios, pues, debe ser el único móvil de todas nuestras acciones, el solo término de todos nuestros deseos y el centro de todos nuestros pensa-

mientos. Bien merece el Señor que nos ha amado tanto y que tan solícito se muestra por nuestro bien, que le demos satisfacción en todo.

Pero ¿cuál es la causa, Señor, de que en lugar de conciliarme vuestro agrado, os haya ofendido tanto y pagado con ingratitudes vuestros beneficios? Mas el desprecio que hacéis sentir por mis ofensas, me hace esperar que no me negaréis el perdón. Perdonadme, pues, y haced que no vuelva a ofenderos. Disponed que renuncie a todas las cosas por agradaros. *En ti esperaré, Señor no sea yo confundido para siempre.* Virgen María, madre mía y reina del cielo, hacedme todo de Dios.

CONSIDERACION XXXVIII

Dichoso el que no quiere más que a Dios

Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos (1). Los pobres de espíritu son los que, pobres de deseos terrenos, no anhelan más que a Dios. Son pobres de afección, pero no lo son realmente, porque viven felices hasta en esta vida. *No dice el Señor, que será suyo el reino de los cielos sino que lo es,* porque hasta en la tierra son ricos en bienes espirituales que reciben de Dios, de modo que aunque pobres de bienes temporales, viven contentos en su estado. Los ricos en deseos terrenos, por más tesoros que posean, se hallan siempre agitados porque los bienes del mundo lejos de apagar su sed, no hacen más que irritarla; estos ricos jamás están contentos porque nunca lograrán lo que apetecen.

Jesucristo, para hacernos ricos en verdaderos tesoros, quiso ser pobre, como dice el Apóstol: *Siendo rico, se hizo pobre por amor vuestro, a fin de que vosotros fueseis ricos por su pobreza (2).* Sí, quiso ser pobre para enseñarnos con su ejemplo a despreciar los

(1) *Mat. 5, 3.*(2) *2. Cor. 3, 9.*

bienes terrenos, para enriquecernos de bienes celestiales, inmensamente más preciosos y duraderos. Declara, pues, que los que no renuncian a lo que poseen en la tierra, jamás serán sus verdaderos discípulos.

Dichoso el que no quiere más que a Dios y dice con San Paulino: *Gocen los ricos de su oro, de sus posesiones, de sus reinos; Jesús es toda mi riqueza y mi reino.* Persuadámonos que sólo Dios puede satisfacernos, pero no satisface completamente más que a las almas que le aman con todo su corazón. ¿Qué lugar encontrará el amor divino en un corazón lleno de tierra? Por más que frecuente la comunión, aunque visite a menudo el Santísimo Sacramento, no puede alojar a Dios todo entero, ni ser por él enriquecido según su voluntad.

Muchos se quejan de que ni en sus comuniones, ni en sus meditaciones, ni en los demás ejercicios espirituales que practican encuentran a Dios. Santa Teresa les dice a éstos: *Desprended vuestro corazón de las criaturas y encontraréis a Dios.* Despejémosnos de toda afección terrena y sobre todo de nuestra propia voluntad. Entreguémosla toda entera a Dios y digámosle: *Señor, disponed de mí y de cuanto poseo: no quiero más que lo que vos queréis, pues estoy seguro que lo que vos queréis será para mí lo mejor.*

Haced, pues, que os ame siempre y nada más desee.

El único medio de 'desprendernos de las criaturas es un grande amor a Dios. Si el amor divino no se apodera enteramente de nuestra alma, nunca seremos santos. El medio de adquirir este amor sin límites es la santa oración. Roguemos, pues, al Señor para que nos conceda su amor y entonces nos sentiremos desprendidos de las cosas criadas. El amor divino es un ladrón que santamente nos roba todas las afecciones terrenas y entonces debemos decir: *¿Y podría yo desear otra cosa que no fueseis vos Dios de mi corazón?*

El amor es fuerte como la muerte (1), esto es; así como no hay fuerza capaz de resistir a la muerte, así tampoco nada puede resistir al amor divino. El amor triunfa de todo. Los mártires, fortalecidos con el amor de su Señor, han arrostrado los más crueles tormentos, la muerte más dolorosa.

Dichoso, en fin, el que puede decir con David: *¿Qué hay para mí en el cielo, y fuera de ti, qué puedo querer en la tierra?.. Dios de mi corazón, y mi porción, Dios para siempre. ¡Qué pudiera yo desear más en esta vida y en la otra, que a vos solo, Dios mío! Obtengan los demás lo que deseen,*

vos, oh Dios mío, sois mi único bien, mi único consuelo.

Si una alma no se entrega enteramente a Dios siempre estará en peligro de perderse. Pero los que se entregan a Dios enteramente y con sincera resolución, están seguros de no desprenderse más de El, porque el Señor es reconocido y fiel a todos los que se le entregan sin reserva. ¿Por qué, pues, ciertas personas que en un principio llevaron vida santa, han venido después a desviarse de tal modo del camino del Señor, que hay motivo para dudar de su salvación? ¿Por qué? porque no se habían entregado enteramente a Dios y la prueba está en su misma caída.

Dios mío, mi verdadero amigo, no permitáis que mi alma, creada únicamente para amaros, pueda amar otra cosa que no seáis vos y pueda dejar de ser enteramente vuestra. Jesús mío ¿de dónde procede, que conociendo el amor que me habéis profesado, haya podido amar otra cosa más que a vos? ¡Llamadme a vos, haced que olvide el mundo para que no piense más que en vos. En vos confío, mi Dios y Señor. Virgen María, madre de Dios, todas mis esperanzas fían en vos: desprended mi corazón de todo lo que no sea Dios, para que Dios sea el objeto de mi único amor y de mis deseos.

CONSIDERACION XXXIX

Aridez de espíritu

San Francisco de Sales ha dicho que la verdadera devoción y el verdadero amor al Señor no consiste en experimentar consue-
los espirituales en la oración y en los demás ejercicios de piedad, sino en tener una firme voluntad de no hacer ni querer más que lo que quiere el Señor. Este es el único objeto que debemos proponernos en nuestras súplicas, en nuestras comuniones y en nuestras penitencias y en lo demás que agrada a Dios, aunque todo lo hiciésemos sin fervor, y en medio de mil tentaciones e inquietudes. Santa Teresa dice, que *Dios prueba a sus siervos por medio de las tentaciones y sequedades. aunque la aridez durase toda la vida, el alma no debe cesar de orar; vendrá un tiempo en que todo le será recompensado con largueza.*

Principalmente en los momentos de desamparo, como observan los maestros espirituales, debemos ejercitarnos en actos de humildad y resignación. No nos persuadimos bastante de nuestra impotencia y miseria sino cuando nos sentimos áridos, inquietos, distraídos, disgustados y hasta sin deseos, sensibles de adelantar en el divino amor. Pero digamos entonces: *Señor, tened piedad*

de mí: ved mi insuficiencia, hasta para un acto de virtud. Además es necesario resignarse y continuar así: Oh Dios mío, pues vos queréis mantenerme en la aflicción y en la aridez, hágase vuestra voluntad. No pido consuelos, me basta poderos agradar. Después de esto, es necesario continuar la oración.

Las penas mayores que sufren las almas devotas, no consisten tanto en la aridez, como en la oscuridad que las priva de toda voluntad encaminada al bien, las rodea de tentaciones contra la fe y la esperanza: algunas veces se añaden también tentaciones y un asomo de desconfianza tan cruel, que teme el alma haber perdido la gracia divina y haber sido rechazada y abandonada de Dios por causa de sus pecados. Créese aborrecida del Señor: la soledad se le hace insoportable y la oración le viene a ser un tormento. Es necesario tomar entonces aliento y convencerse de que el temor de haber cedido a una tentación o a cualquier sentimiento de desconfianza es un tormento del alma, pero no un acto voluntario: en tal instante el alma está lejos de haber caído en pecado; el alma resiste en verdad a la tentación con entera voluntad pero las tinieblas que la ofuscan la privan de enterarse por sí misma de los contrastes que la agitan. La misma experiencia viene al momento en

apoyo de esta observación, cuando, por ejemplo, el alma se encuentra en ocasión próxima de pecar, aunque sólo sea venialmente en cosa determinada y que tiene firmeza para arrostrar mil muertes antes que cometer tal ofensa contra Dios.

No nos atormentemos, pues, en tales ocasiones para conocer si estamos en gracia de Dios o en estado de culpa. Deseáis saber si os ama Dios y Dios no quiere entonces dároslo a conocer: quiere que os humilléis, fiéis en su bondad, que os resignéis a su santa voluntad. Queréis ver y Dios quiere que no veáis. Por lo demás, San Francisco de Sales dice que la resolución que habéis tomado de amar a Dios y de no causarle voluntariamente el menor desagrado, es prueba constante de que vivís en su gracia. Arrojaos entonces en brazos de la divina misericordia: protestad que no queréis más que a Dios solo y a su santa voluntad y desechad enseguida todo temor. ¡Cuán áceptos son al Señor tales actos de confianza y resignación, hechos en medio de aquellas espantosas tinieblas!

Santa Juana de Chantal sufrió estas penas interiores por espacio de cuarenta y un años, acompañadas de terribles tentaciones y del temor de estar en pecado mortal y hallarse abandonada del Señor. Era tan intenso su dolor, que decía que sólo con el pensamiento de la muerte hallaba algún consuelo.

Alguna vez me parece, decía la Santa, que me falta la paciencia, me siento entonces tentada a dejarlo todo y abandonarme al camino de la perdición. Durante los ocho o nueve últimos años de su vida, sus tentaciones en lugar de disminuir, eran más fuertes, ya orase, ya trabajase sin interrupción. Su dolor secreto era tan vivo que inspiraba lástima a cuantos la conocían. Algunas veces creía que Dios la repelía de sí: para calmar un tanto su horror, desviaba sus miradas de Dios, pero no pudiendo hallar la tranquilidad que anhelaba volvía al momento a contemplar a Dios por más que le pareciese airado contra ella. En la oración, en la comunión y en los demás ejercicios espirituales no sentía más que tedio y angustia: vivía a semejanza del enfermo que entorpecido por la calentura, ni puede mudar la posición en la casa, ni encuentra el uso de la voz para quejarse, ni ve salida para poner fin a sus congojas. Creía haber perdido la fe, la esperanza y la caridad: y con todo, su atención permanecía siempre fija en Dios, descansando en la divina voluntad. San Francisco de Sales, hablando de ella, decía que su alma bienaventurada se parecía a un músico sordo que canta divinamente sin gozar de la melodía de sus cantos porque no oye. El alma que ha sido puesta a prueba de la aridez no debe desmayar: por

más que se encuentre sumergida en las tinieblas, debe confiar en la sangre de Jesucristo, resignarse a su divina voluntad y decir: *Jesús mío, esperanza mía y mi único amor, no merezco ser consolada: consolad a los que os han amado siempre; yo he merecido ser arrojada a los infiernos, abandonada de vos y privada de la felicidad de amaros.*

¡Oh Salvador mío! acepto todas las penas: castigadme cuanto queráis, pero no me privéis de amaros: despojadme de todo menos de vos. A pesar de mi miseria, os amo más que a mí mismo: me entrego enteramente a vos. Dadme fuerza para seros fiel. Virgen Santa, refugio de los pecadores, confío en vuestra intercesión: haced que ame al Señor que me ha criado y que me ha salvado de la muerte eterna.

CONSIDERACION XL

Vida retirada

Las almas que aman a Dios encuentran el paraíso en su vida retirada que las separa del trato con los hombres y constituye su paraíso. No es enfadoso conversar con Dios en la soledad separándose de las criaturas, antes bien es un contento: *Porque ni su conversación tiene amargura, ni tedio su trato, sino alegría y gozo.*

Los mundanos tienen razón en aborrecer la soledad, porque desde el momento en que se ven privados de sus diversiones y de sus ocupaciones terrenas, el remordimiento se hace sentir más vivamente en sus corazones. Buscan la sociedad para ahogar o distraer sus conciencias, pero cuanto más alivio buscan en las concurrencias y en las ocupaciones, más espinas y amargas encuentran.

Lo contrario acontece a los que aman a Dios, porque en su retiro encuentran un amigo fiel que les consuela más que la compañía de sus amigos y parientes, así sean éstos los primeros personajes del mundo. San Bernardo decía: *Jamás estoy menos solo, que cuando estoy solo y separado de los hombres, porque entonces encuentro a Dios que me habla: entonces estoy más atento a escucharle y más dispuesto a unirme a él.*

Nuestro Salvador quería que sus discípulos, aunque destinados a propagar la fe por el mundo entero, suspendiesen de vez en cuando sus fatigas y se retirasen a la soledad para conversar con él. Habiéndoles enviado en cierta ocasión a recorrer la Judea y Galilea para convertir a los pecadores, cuando volvieron les dijo: *Venid aparte a un lugar solitario y descansad un poco* (1).

Ya que el Señor impuso el reposo hasta a sus mismos discípulos diciendo: *descansad un poco*, es necesario que los que cooperan a su santa obra se retiren de vez en cuando a la soledad para recogerse dentro de sí mismos y renovar sus fuerzas, para trabajar después con nuevo ardor en la conversión de las almas.

Los que trabajan para el prójimo pero con poco celo y amor de Dios y más con el fin de adquirir honores y riquezas, son de poco provecho para las almas: Si, pues, el Señor dijo a sus discípulos *descansad un poco*, quería significar con esto, no que se entregasen al sueño, sino que tomasen descanso, conversando con Dios y pidiéndole gracia para vivir bien y salvar sus almas. Sin este descanso con Dios en la oración, menguarán nuestras fuerzas para trabajar

(1) *Marc.* 6, 31.

por nuestra salvación y por la de los demás.

San Lorenzo Justiniano observa con razón que la soledad se ha de *desear siempre, pero que no siempre se ha de estar en ella*; esto es: que los que son llamados por el Señor a convertir a los pecadores, no siempre han de permanecer encerrados en su retiro porque esto sería fatal a la divina vocación, por la cual todo debe abandonarse cuando Dios lo ordena; pero deben amar y suspirar por la soledad, porque el Señor se deja encontrar allí más que en otra parte.

¡Oh Jesús mío! he amado poco el retiro, porque os he amado poco; continuamente he ido en busca de los placeres y de los deleites del mundo, que han hecho que os perdiese a vos, bien infinito.

¡Desdichado de mí! Durante tantos años he tenido mi corazón en las distracciones, sin pensar más que en los bienes de la tierra y dejándoos a vos en olvido. Dios mío, tomad este corazón redimido al precio de vuestra sangre: abrasadle en vuestro santo amor, poseedle todo entero. ¡Virgen María, reina del cielo, vos podéis alcanzarme esta gracia: de vos la espero!

CONSIDERACION XLI

Desprendimiento de las criaturas

Es necesario desprenderse de todo lo que no es Dios y de todo lo que no conduce a Dios para llegar a amarle con todo el corazón. El Señor quiere reinar solo en nuestro corazón, no admite compañeros y tiene razón, porque él solo es nuestro único dueño, a quien debemos cuanto tenemos. Dios es nuestro solo amigo, sólo El nos ama sin interés y por nosotros mismos y como nos ama muchísimo, quiere que le amemos con todo nuestro corazón: *Ama al Señor tu Dios con todo tu corazón.*

Para amar a Dios de todo corazón, son necesarias dos cosas: sofocar desde luego toda inclinación que no se dirija a Dios o no sea conforme con Dios. *Si en mi corazón hubiese una sola fibra que no fuese de Dios,* decía San Francisco de Sales, *quisiera arrancármela al momento.* Después es necesaria la oración, por la cual se introduce en el alma el santo amor. Pero si el corazón no está depurado enteramente en la tierra, el amor de Dios no puede entrar en él, porque no encuentra allí lugar. Al contrario, un corazón desprendido de todas las criaturas, se inflama velozmente y siempre más, al menor soplo de la divina gracia.

El amor puro, decía el santo obispo de Ginebra, consume todo lo que no es Dios

para convertirle todo en amor, porque todo lo que hacemos por Dios, es amor de Dios. ¡Qué bueno y liberal es Dios con las almas que no buscan más que su amor y su voluntad! *Bueno es el Señor...* para el alma que le busca (1). Dichosos los que pueden decir: *Mi Dios es mi todo* y desprecian las vanidades del mundo: *Desprecié el reino del mundo y todas las pompas del siglo por amor de mi Señor Jesucristo*. Cuando las criaturas quieren apoderarse de una parte de este amor que debemos conceder sólo a Dios, al instante debemos expulsarlas y cerrarles las puertas de nuestro corazón, diciéndoles: *Marchad en busca de los que os solicitan: mi corazón se ha consagrado enteramente a Jesucristo y no puede daros cabida*. Y con esta resolución de no querer más que a Jesús, hemos de aborrecer todavía lo que es del agrado del mundo y desear lo que el mundo aborrece.

Para alcanzar este perfecto amor es necesario sobre todo contrariarnos a nosotros mismos, abrazando todo lo que hiere nuestro amor propio y si un objeto nos gusta, privarnos de él, precisamente porque nos gusta. Una medicina desagrada porque es amarga, debemos pues tomarla por lo mismo que es amarga. Nos renugna hacer bien a un ingrato, debemos pues hacérselo porque lo es.

(1) *Thren, Jer. 3, 25.*

San Francisco de Sales dice además, que la virtud se ha de amar con desprendimiento, por ejemplo: amamos la oración y el retiro pero si la obediencia o la caridad nos priva de cumplir nuestro deseo, debemos dejarlo para otra ocasión sin inquietud. Del mismo modo debemos abrazar con alegría todo lo que acontece según la divina voluntad. Dichoso el que quiere o no lo que le acontece, según lo quiere o no lo quiere Dios, sin inclinarse a una ni a otra parte. Debemos, pues, rogar a menudo al Señor nos haga encontrar la paz en cuanto dispone la Providencia.

Es muy cierto que no hay nadie tan feliz en el mundo como el que desprecia las cosas terrenas y se somete siempre a la divina voluntad. Es, pues, preciso renovar a menudo al pie de un crucifijo, tanto en la oración, como en la comunión, la abnegación total de nosotros mismos y de todas las cosas que nos pertenecen, diciendo: Jesús mío, no quiero cuidar más de mí, me entrego enteramente a vos, haced de mí lo que sea de vuestro agrado: creo que todo lo que me puede dar el mundo no es más que mentira y vanidad. En adelante no quiero buscar más que vuestro amor y lo que pueda ser de vuestro agrado. Ayudadme a seros fiel. Virgen María, rogad a Jesús por mí.

CONSIDERACION XLII

La muerte de los santos es preciosa

Preciosa es ante el Señor la muerte de los santos (1). ¿Por qué la muerte de los santos se llama preciosa? San Bernardo responde que es así llamada, porque es tan rica de bienes espirituales, que merece ser comprada a todo precio.

Los que viven apegados al mundo quisieran que no hubiese muerte, pero San Agustín ha dicho: *¿Qué es vivir largo tiempo sobre la tierra, sino sufrir por largo tiempo?* (1).

Las miserias y angustias que os atormentan en esta vida son tantas, dice San Ambrosio, que *la muerte más puede considerarse como un remedio que como una pena*. (2) No se nos ha dado la muerte en castigo sino en alivio, a modo de una gracia que nos libra de nuestras penas y de nuestros trabajos.

La muerte horroriza a los pecadores porque saben que a esta primera muerte, en estado de culpa, le seguirá la segunda que

(1) Ps. 115, 15.

(2) Serm. 17 de Verb. Dom.

es eterna. Pero la muerte no horroriza a las almas virtuosas, que fiando en los méritos de Jesucristo, sienten señales suficientes de seguridad moral, de morir en gracia de Dios. Aquellas palabras: *Sal alma cristiana de este mundo*, que tanto afligen a los que se resisten a morir, regocijan a los santos que han mantenido el corazón libre de las afecciones mundanas y han repetido en todos los instantes: *Mi Dios es mi todo*.

Para éstos la muerte no es un tormento, es un descanso tras las fatigas que han soportado combatiendo las tentaciones, los escrúpulos y los temores de ofender a Dios. Les acontecerá, pues, lo que les anuncia San Juan: *Bienaventurados los que mueren en el Señor; desde hoy, dice el Espíritu Santo, descansarán de sus trabajos* (1). El que muere en gracia de Dios no se siente turbado ante la muerte, no gime porque son agudos sus dolores; los sufre con gozo y los ofrece al Señor como los últimos restos de su existencia. ¡Ah! cuán tranquilos estarán y cuánta será la felicidad de los que mueren en los brazos de Jesucristo, el cual eligió una muerte cruel y amarga para alcanzarnos una muerte dulce y resignada. Jesús, vos sois mi juez, pero también sois mi Redentor,

(1) *Apoc.* 14, 13.

muerto para salvarme! Yo merecía haber sido condenado al infierno desde el momento en que caí en el primer pecado mortal; pero por vuestra misericordia, me habéis inspirado el arrepentimiento de mis culpas. Espero, pues, que ya me habréis perdonado. No merecía yo la gracia de amaros, pero me habéis obligado a amaros con vuestros beneficios. Si queréis que en esta enfermedad me sorprenda la muerte, la acepto de todo corazón. Conozco que no soy digno de entrar en el paraíso: iré gozoso al purgatorio para sufrir sin quejarme, tanto tiempo como será de vuestro agrado. Mi mayor pena será estar privado de vos, suspirando sin cesar por el momento en que me será concedido volar a vuestra presencia para contemplaros cara a cara. Mi amado Salvador, tened piedad de mí.

¿Y qué otra cosa es la vida presente sino un continuo peligro de perder al Señor? Caminamos siempre entre emboscadas que nos tienden nuestros enemigos para hacernos perder la gracia de Dios. Cada vez que el reloj daba las horas, agradecía a Dios santa Teresa, por haberla librado de caer en el pecado en el espacio de una hora de combates y de peligros. Así es que cuando llegó la hora de su muerte, su gozo fué extraordinario, porque la muerte puso fin de un

golpe a las tentaciones y a las luchas interiores y la condujo a la morada de su Dios.

En esta vida nadie puede juzgarse exento de faltas. Por esta razón los amigos de Dios esperan la muerte con tanta impaciencia. Esta idea llenaba de gozo al P. Vicente Caraffa a la hora de la muerte. *Dejando de vivir*, decía, *dejo de pecar*. Un virtuoso personaje encargó a los religiosos que le asistían en su última hora que repitiesen a menudo estas palabras: *Consuélate, cerca está el momento en que no ofenderás más al Señor*.

¿Y este cuerpo es para nosotros otra cosa que una cárcel donde gime el alma por no poder unirse con su Dios? El fervoroso San Francisco exclamaba con el Profeta, al exhalar el postrimer suspiro: *Sacad, Señor, mi alma de la prisión que me impide veros*. Oh muerte, digna de ser apetecida, ¿quién te temerá? ¿quién no te deseará, ya que eres el término de los cuidaos y la aurora de la vida eterna?

Mi buen Jesús, os doy gracias porque no me habéis hecho morir cuando me hallaba en vuestra desgracia y por haber vos cautivado mi corazón con los beneficios que me habéis dispensado. Al recuerdo de las ofensas que os he hecho quisiera morir de dolor. En vuestras manos encomiendo esta alma que ya se había perdido. Acordáos, Señor, que la habéis redimido con vuestra sangre. Os amo,

bondad infinita y deseo abandonar pronto este mundo para volar al cielo donde os amaré con amor más perfecto. Mientras viva en este mundo hacedme conocer cada vez más que mi deber es amaros. Dios mío, me entrego enteramente a vos. Confío en vos, por los méritos de Jesucristo. Virgen María, esperanza mía, por vuestra intercesión confío salvarme.

CONSIDERACION XLIII

La tibieza

Hay dos especies de tibieza, una inevitable, otra que puede evitarse. La primera es la que sufren en el estado presente aun almas espirituales, que por su fragilidad natural no pueden evitar caer alguna vez en culpa ligera aunque sin pleno consentimiento de la naturaleza corrompida y del pecado original. Esta gracia especial del Señor fué concedida únicamente a la Madre de Dios. Permite el Señor estas máculas en las almas de sus santos, para conservarlos en la humildad. A menudo, pues, se sienten disgustados, sin fervor, fatigados de sus ejercicios espirituales y en esos momentos de aridez, es muy fácil caer en algunas faltas, a lo menos indeliberadamente. Por lo demás, los que se encuentran en este estado, no por esto deben descuidar sus devociones de costumbre, ni desmayar: no crean por esto tampoco, haber caído en la tibieza, porque esto no lo es: sigan sus ejercicios y oraciones, aborrezcan sus faltas y renueven, a menudo la firme resolución de ser enteramente de Dios; tengan confianza en Dios, que El los consolará. La verdadera tibieza, la tibieza verdaderamente deplorable, es la que siente

el alma que voluntariamente cae en pecado venial, que se arrepiente débilmente de estas faltas o no pone todo su esmero en evitarlas, diciendo que tales faltas son pequñeces o que no son nada. ¡Y qué! ¿No es nada desagradar a Dios? Santa Teresa decía a sus religiosas: *Hijas mías, guárdeos Dios de todo pecado voluntario, por leve que sea.*

Suele decirse: *pero estos pecados no nos privan de la gracia de Dios.* Los que así hablan se hallan en grave peligro de perder efectivamente la divina gracia, cayendo en pecado mortal. San Gregorio dice que el que voluntariamente cae en pecado venial y esto por hábito, sin pensar en corregir este defecto, no se detiene en él sino que va rodando cada vez más hacia el abismo (1). Las enfermedades mortales no proceden generalmente de un desorden grave, sino de muchos desórdenes ligeros repetidos con frecuencia: así pues muchas almas son impelidas a pecar mortalmente por la frecuencia con que cometen los pecados veniales. Estos pecados dejan el alma tan débil que cuando se ve asaltado por alguna tentación violenta, no tiene fuerza para resistir y cae en ella sin remedio.

(1) S. Greg. Mor. 1, 21.

El que desprecia las cosas pequeñas, poco a poco caerá (1). El que no atiende a las pequeñas caídas vendrá sin apercibirse de ello, a caer en un precipio. El Señor ha dicho: *Porque eres tibio... te comenzaré a vomitar de mi boca* (2). Y ser vomitado de Dios significa ser abandonado de El, o a lo menos de sus divinos auxilios que tan indispensables son para mantenerse en su gracia. Meditemos bien este asunto. El concilio de Trento condena a los que dicen que podemos perseverar en el camino de la salvación sin socorro especial del Señor (3). No podemos pues perseverar en la gracia, sin un socorro especial y extraordinario del Señor, pero Dios lo rehusa con justicia a los que no tienen escrúpulo de cometer voluntariamente pecados veniales. ¿Cómo había de conceder Dios un socorro especial a los que no temen disgustarle a cada instante voluntariamente? *Quien escasamente siembra, escasamente también segará* (4), dice el Apóstol. Si somos avaros con Dios, ¿cómo podemos esperar que sea Dios liberal con nosotros?

Infeliz el alma que hace paces con el pecado aunque venial. Caminará de mal en

(1) *Eccl.* 19, 21.

(2) *Apoc.* 3, 16.

(3) *Sess.* 6 *Can.* 22.

(4) 2. *Cor.* 9, 6.

peor, porque las pasiones irán tomando cada día mayor imperio sobre ella, viniendo al fin a cegarla; y el ciego fácilmente puede caer en el precipicio cuando menos lo piensa. Temamos pues caer en la tibieza voluntaria: la tibieza voluntaria es semejante a esas enfermedades que no asustan al enfermo, pero que cuando llegan a su término de gravedad, no tiene ya remedio.

Por lo demás, aunque es difícil que se corrija un alma tibia por su culpa, no por esto es imposible, si quiere hacerlo. En primer lugar debe resolverse a salir de aquel miserable estado a toda costa. Debe en seguida huir de toda ocasión de caída, porque sin esto, no habría ni siquiera esperanza de enmienda; y encomendarse a menudo a Dios, rogándole con fervor le conceda fuerza para salir de tan lamentable estado, sin dejar de rogar hasta verse libre de él.

Señor, tened piedad de mí. Conozco que merezco que me *vomitéis*; tan tibio he sido en amaros. Me encuentro sin amor, sin confianza y sin fervor; Jesús mío, no me abandonéis. Tendedme vuestro brazo omnipotente y sacadme de este lodazal de tibieza en que me miro sumergido. Hacedlo por los méritos de vuestra pasión, que son toda mi esperanza. Virgen Santa, vuestros ruegos pueden socorrerme. Rogad a Dios por mí.

CONSIDERACION XLIV

Pureza de intención

Consiste la pureza de intención en hacer todo lo que hacemos con el deseo de agradar a Dios. Jesucristo dice, que según sea buena o mala la intención, la obra que se hace es mala o buena ante Dios. *Si tu ojo fuere sencillo, todo tu cuerpo será luminoso... mas si tu ojo fuese malo, todo tu cuerpo será tenebroso* (1). El *ojo sencillo* es la intención pura de agradar a Dios, y el *ojo malo* es la mala intención cuando se obra por vanidad, o para satisfacerse a sí mismo.

¿Hay cosa más bella que dar su vida por la fe? Sin embargo, dice San Pablo que a los que mueren con otro objeto que el de agradar a Dios, les es inútil el martirio. Ahora, pues, si de nada sirve el mismo martirio cuando no se sufre por Dios, ¿de qué servirán los sermones, los libros, los trabajos, las maceraciones de las penitencias, si todo esto se ha hecho para merecer las alabanzas de los hombres o seguir nuestras naturales inclinaciones, dirigidas a objetos mundanos? El profeta Ageo dice que las mismas obras santas, si no se han hecho por Dios, han caído en *saco roto* (2): esto es, no ha

(1) *Matth.* 6. 22 et 23.(2) *Agg.* 1, 6.

quedado nada de ellas. Al contrario, todo lo que se hace para agradar a Dios, por poco que valga, vale más que lo mucho hecho con menos pura intención. San Marcos habla de una pobre viuda que no echó más que dos cobres en el arca de las ofrendas, pero que el Señor exclamó: *Más ha dado esta pobre viuda que todos los demás* (1). San Cipriano observa que puso más que los demás, porque puso sus dos pequeñas monedas con intención de agradar al Señor. Una de las mejores señales con que se puede conocer si hemos obrado con pureza de intención es el no turbarse cuando no se consigue el resultado que se esperaba de aquella acción. Otra señal es, el quedar contento y tranquilo después de haber obrado, por más que nuestra acción sea criticada y mal agradecida; pero si acontece que la acción es alabada, no debemos tampoco concebir temor de entrar en vanidad por ella, sino que despreciándola, así que se nos presente a la imaginación, podemos decir con San Bernardo: *Ni la empecé por ti, ni por ti la dejaré.*

Buena es la intención de adquirir la gloria del paraíso, pero la más perfecta y pura es la de agradar a Dios. Persuadámonos de que cuanto más nos olvidamos de nuestros

(1) *Marc.* 12, 41.

propios intereses por el Señor, más acrecentará el Señor nuestra felicidad en el paraíso. Dichoso el que no tiene más objeto en sus obras que agradar a Dios y cumplir su santa voluntad. Imitemos el amor de los bienaventurados que aman a Dios sin otro objeto que complacerle. San Crisóstomo, dice: *Si conseguimos agradar a Dios, ¿qué otra recompensa podemos desear?* (1).

Esto es también justamente lo que aconsejaba el Apóstol a sus discípulos, diciéndoles: *Ora comáis, ora bebáis o hagáis cualquier otra cosa, hacedlo todo a la gloria de Dios* (2). La venerable Beatriz de la Encarnación, primera hija en Jesucristo, de Santa Teresa, decía: *No hay precio para pagar una cosa que se ha hecho por Dios, por pequeña que sea.* Tenía razón, porque todas las obras hechas en servicio y gloria de Dios, son otros tantos actos de amor divino.

La pureza de intención hace preciosas las acciones más insignificantes, como el comer, el trabajar, el descanso mismo, siempre y cuando se haga esto por obediencia o para agradar a Dios. Es, pues, necesario, desde la mañana, dirigir a Dios todas las obras del día, renovando esta intención al comenzar cualquiera de ellas, principalmente las

(1) *Lib. 2 de compuc. cord.*

(2) *I Cor. 10, 31.*

más importante, como la oración, la comunión, la lectura espiritual, deteniéndose un poco antes de empezarlas, como hacía aquel santo ermitaño, que antes de empezar una obra, levantaba los ojos al cielo y habiéndosele preguntado en cierta ocasión por qué hacía aquéllo, respondió: *Procuró asegurar el golpe.*

Jesús mío, ¿cuándo empezaré yo a amaros verdaderamente? Si busco una sola entre mis obras, hecha únicamente por agradaros, no la encuentro. Tened piedad de mí: no permitáis que tan malamente me emplee en vuestro servicio, sin reformar mi conducta antes de morir. Prestadme vuestro auxilio, para que no emplee mi existencia, en lo que me queda de vida, sino en servirlos y amarlos. Haced que me sobreponga a todo para agradaros y que mis obras no se dirijan a otro fin. Os lo suplico por los méritos de vuestra pasión. Virgen María, mi protectora, obtenedme esta gracia con vuestros ruegos.

CONSIDERACION XLV

Suspiros por la patria celestial

Dichoso el que se salva y abandonando este lugar de destierro entra en la celestial Jerusalén para gozar de aquel día sin noche, de aquel día puro, siempre sereno, sin temor de que nunca acabe su inmensa felicidad.

Jacob decía: *Los días de mi peregrinación son ciento treinta años, cortos y malos* (1). Lo mismo podemos decir nosotros, desgraciados peregrinos, condenados a sufrir sobre la tierra todas las penas del destierro, afligidos por las tentaciones, angustiados por las miserias y más aún por la incertidumbre de nuestra salvación. Todo esto debe conducirnos a creer que este mundo no es nuestra patria, sino un lugar de destierro donde nos ha colocado Dios, para que con nuestros sufrimientos compremos la felicidad de entrar un día en la patria bienaventurada.

Mientras aquí vivimos debemos suspirar por el cielo y decir: ¿cuándo, Señor, me veré libre de tantas agonías y cuándo me será concedido no pensar más que en alabaros y amaros? ¿Cuándo cifraré en vos sólo la posesión de todas las cosas, según escribe el

(1) *Gen.* 47, 9.

Apóstol: *Para que Dios sea todo en todos?* ¿Cuándo gozaré de aquella paz donde estaré exenta de aflicciones y de todo peligro de perderme? ¿Cuándo me veré enteramente absorto en vos sólo, contemplando vuestra infinita belleza cara a cara y sin velo? ¿Cuándo os poseeré tan positivamente que pueda decir: Dios mío, ya no puedo perderos jamás?

Mientras voy errante por un país extraño, en continua guerra con mis enemigos interiores, prestadme, Señor, el socorro de vuestra gracia; sostenedme en esta penosa peregrinación; creo firmemente que nada de lo que me ofrece el mundo puede darme la paz y la felicidad, pero si me faltase vuestro apoyo, temería que los culpables placeres y depravadas inclinaciones me condujesen a algún precipicio.

Si por lo menos Dios mío pudiese en mi destierro pensar siempre en vos y gozar de la alegría infinita de que gozáis, mas el tropel de desordenados deseos que asalta mi corazón lo trastorna. Quisiera que todas las facultades de mi alma no se ocupasen más que en vos; quisiera no pensar más que en amaros y obedeceros; pero la carne me arrastra a los placeres sensuales y me veo precisado a exclamar con San Pablo: *¡Miserable de mí!* ¿Quién me librará de este cuerpo

de muerte? (1). ¡Desdichado! Lucho sin cesar, no sólo con mis enemigos interiores, sino conmigo mismo.

¿Quién, pues, me libertará de *este cuerpo de muerte*, esto es: del peligro de caer en pecado, que es una muerte continua y cuyos dolores no acabarán con la vida? No os alejéis de mí, Dios mío, porque si lo hacéis temo disgustaros: al contrario, acercaos, prestadme vuestro poderoso apoyo para resistir a las fuerzas de mis adversarios: *Señor, no te alejes de mí: Dios mío, vuelve tus ojos a mí* (2). El real profeta me hace saber que vos estáis cerca de mí, esto es, que dais la calma a cuantos se sienten atribulados y afligidos interiormente: *Cerca está el Señor de los que tienen el corazón atribulado* (3). Permaneced junto a mí, Señor, concededme la luz necesaria para disipar las inquietudes que me atormentan.

¡Cuántas veces, al ponerme en oración, me asaltan pensamientos importunos y me distraen de vos! Dadme fuerza para ahuyentarlos, cuando con vos me hallo: haced que consiga tener a raya y en tortura las malas inclinaciones que me impiden unirme a vos. Libertadme de la repugnancia invencible que experimento al ir a dedicarme con

(1) *Rom.* 7, 24.

(2) *Ps.* 70, 12.

(3) *Ps.* 33, 19.

paciencia a todo lo que es contrario a mi propio amor o voluntad.

¡Oh morada del Señor preparada para todos los que le aman! sólo a tí te ambiciono desde el abismo de este valle de lágrimas y miserias! *Anduve errante como oveja descarriada* (1). ¡Oh mi amado Pastor que habéis descendido del cielo en busca de las pobres ovejas descarriadas, yo soy una de tantas: Señor, *busca a tu siervo*: no me abandonéis; tomadme, cargadme sobre vuestros hombros, para que no vuelva a separarme de vos.

En el instante mismo en que me entrego al deseo de alcanzar el paraíso, el enemigo trata de amedrentarme con el recuerdo de mis pecados; pero vuestra sola vista, Jesús mío crucificado, me consuela y alienta, haciéndome esperar que un día os amaré sin contrariedades en vuestro bienaventurado reino.

Reina del paraíso, continuad siendo mi abogada: por la sangre de Jesucristo y con vuestra intercesión, tengo firme esperanza de salvarme.

F I N

(1) *Ps.* 118, 176.

INDICE

	<i>Págs.</i>
ADVERTENCIA.	5
Consideración I. — Pensamiento de la eternidad	7
» II. — Somos viajeros en la tierra.	12
» III. — Dios merece ser amado sobre todas las cosas	17
» IV. — Un alma que aspira a la santidad debe entregarse a Dios sin reserva	21
» V. — Dos grandes medios para llegar a ser santo: el deseo y la resolución de serlo	25
» VI. — De la ciencia de los Santos	30
» VII. — Nuestra salud eterna está en la oración	36
» VIII. — Llegará el día de mi muerte	43
» IX. — Preparación para la muerte	47

Consideración X. — El que ama a Dios	<i>Págs.</i>
debe amar la muerte	51
» XI. — Nuestra salvación	
está en la cruz . . .	56
» XII. — Jesucristo quiere	
que suframos por su	
amor	61
» XIII. — El amor divino	
triunfa de todo . . .	66
» XIV. — Necesidad de la	
oración mental . . .	71
» XV. — Objeto de la ora-	
ción mental	74
» XVI. — De la misericor-	
dia de Dios	79
» XVII. — Confianza en Je-	
sucristo	85
» XVIII. — Nada hay más	
necesario que salvarse	90
» XIX. — Resignación per-	
fecta a la voluntad de	
Dios	94
» XX. — Dichosos los que	
son fieles a Dios en la	
adversidad	99
» XXI. — El que ama a	
Jesucristo debe aborre-	
cer al mundo	104
» XXII. — Un moribundo	
a su crucifijo	107
» XXIII. — Actos de resig-	
nación en la hora de	
la muerte	111
» XXIV. — Morada de la	
eternidad	116

Consideración XXV. — Las almas que	<i>Págs.</i>
más aman a Dios sus-	
piran por verle en el	
cielo	120
» XXVI. — Jesús es el buen	
Pastor	123
» XXVII. — Sobre la salva-	
ción eterna.	126
» XXVIII. — Cual será el	
gozo de los elegidos. .	130
» XXIX. — El sentimien-	
to de haber perdido a	
Dios constituye el in-	
fierno.	133
» XXX. — Desprecio de las	
cosas del mundo. . .	138
» XXXI. — Amor a la sole-	
dad	143
» XXXII. — Soledad de co-	
razón.	147
» XXXIII. — Ver y amar a	
Dios en la otra vida es	
el paraíso de los elegi-	
dos.	152
» XXXIV. — De la oración	
que se hace ante el	
Santísimo Sacramento	
del altar.	157
» XXXV. — La verdadera	
paz no existe más que	
en Dios	161
» XXXVI. — El único fin	
de nuestras acciones	
debe ser Dios. . . .	165

Consideración XXXVII. — Se ha de su-	<i>Págs.</i>
frir todo para agradar	
a Dios	169
» XXXVIII. — Dichoso el	
que no quiere más que	
a Dios	172
» XXXIX. — Aridez de es-	
píritu	176
» XL. — Vida retirada . .	181
» XLI. — Desprendimiento	
de las criaturas . . .	184
» XLII. — La muerte de	
los santos es preciosa.	187
» XLIII. — La tibieza . .	192
» XLIV. — Pureza de in-	
tención	196
» XLV. — Suspiros por la	
patria celestial . . .	200

